

In Memoriam

DR. DON FERNANDO DE LA GRANJA SANTAMARÍA
(1928-1999)

BIBLID [0544-408X]. (2000) 49; 269-274

Nuestros contactos y relaciones han durado cincuenta y dos años, desde octubre de 1947, cuando nos conocimos en una clase de árabe, precisamente, hasta su entierro, el 25 de febrero de 1999. Ese día llegué al cementerio de Colmenar justo en el momento en que familiares y amigos veían cómo su féretro era introducido en el sepulcro familiar. Físicamente nos vimos por última vez en el Instituto Egipcio de Madrid, en el Homenaje a D. Emilio García Gómez, en 1996. Fuimos compañeros en la Facultad y, posteriormente, de una u otra manera - como se verá a lo largo de estas líneas-, nos vimos con relativa frecuencia, aparte de los contactos telefónicos, interrumpidos, por desgracia, en sus últimos tiempos...

Estas relaciones y cuanto supusieron me obligan a trazar esta incompleta semblanza. Y la escribo con las vivencias, recuerdos y sentimientos que tuve el día de su entierro. Quiero recordar aquí unas palabras de nuestro maestro, D. Emilio, en una de sus más sentidas necrologías, siempre agudas y certeras: “Van desapareciendo estremecedoramente del lado de uno tantas personas queridas, y, de modo tan rápido, que, aparte la inmensa desolación interna, empieza a ser cansado y trágico este condenado oficio de sepulturero literario” (*Al-Andalus*, 21, 1956, p.22, en la semblanza de Lévi-Provençal). Uno, a toda la distancia y modestia debidas, suprimiría únicamente la palabra “condenado”. Y añadiría, como tono que quisiera siempre mantener, aquello de León Felipe: no rezar como el sacristán los rezos ni enterrar como el sepulturero los muertos. En suma, “que no nos hagan callo las cosas ni en el cuerpo ni en el alma”.

Esta necrología de F. de la Granja debía aparecer en *MEAH* por otras razones: aparte de su entidad académica y profesional y su prestigio como arabista, en Granada falleció y está enterrada su madre, en nuestra ciudad viven su hermano Agustín -a quien agradezco particularmente su información y precisiones- y el sobrino y ahijado de Fernando, del mismo nombre que su padre, Profesor Titular en nuestra Facultad; sin hablar ahora de las no pocas veces en que Granja vino aquí con motivo de actos académicos y culturales. Sus vínculos pasaban, pues, de ser ocasionales

Nacido el 5 de Marzo de 1928 en Madrid, hijo de Agustín, zamorano, y de Rosalía, de Valladolid, Fernando vivió, lo mismo que su hermano mayor, en el entonces

número 10 de la calle de San Hermenegildo, muy cerca de la iglesia de Montserrat, al lado de la c. S. Bernardo, de la Universidad Central y a poca distancia del centro que luego frecuentaría, la Escuela de Estudios Árabes, situada entonces en la c. de San Vicente. Casa y familia modesta, de inmejorable recuerdo para quienes tuvimos la suerte de conocerles y tratarles.

En 1931, junto con su hermano Agustín, dos años mayor que él, Fernando inicia su escolaridad en los “Jardines de Infancia” de la c. Daoiz. En 1934-35 se trasladaron ambos al colegio privado “Escuelas del Avemaría”, de la Institución Divino Maestro, sito en la c. San Vicente, 82. Durante la Guerra Civil, en la que pasaron duros e incluso angustiosos tiempos y hubieron de ver horrores diversos, por decisión paterna se suprimieron los estudios, lo cual, según me observó Agustín, dio tiempo a Fernando para muchas y variadas lecturas. Terminada la guerra, Fernando hizo los tres últimos años del Bachillerato en el Centro de Instrucción Comercial, filial del S. Isidro, en la c. Pontejos, al tiempo que trabajaba como bibliotecario en la Escuela de Minas.

Más o menos a finales del Bachillerato debió de iniciar Fernando sus contactos con la Escuela de Estudios Árabes. Lo que es seguro, por testimonio de quienes por entonces trabajaban en ella, es que D. Emilio García Gómez le dedicó un tiempo y le impartió unas enseñanzas excepcionales, que el joven Granja aprovechó al máximo. Esta atención y otras posteriores -cuando, al regresar de El Cairo en 1955, enfermo, D. Emilio hizo activas gestiones para encontrarle lugar de restablecimiento-, hicieron crecer en Fernando una gratitud y una devoción de por vida al maestro. Su fidelidad fue incommovible, y si alguna vez hubo de discrepar, lo hizo con escozor íntimo e indeclinable respeto.

De 1947 a 1955 fuimos compañeros en la Facultad de Filosofía y Letras de la entonces Universidad Central. Granja, cuando asistía a alguna clase de árabe nos apabullaba a los demás, simples principiantes, por sus respuestas certeras e inmediatas. Por eso no asistía regularmente: dados sus conocimientos era perder el tiempo. Por estas fechas, Fernando se mostraba rebelde y crítico -a menudo hiriente- contra todo y casi todos. Más tarde, los años, la experiencia y la madurez le hicieron mucho menos ácido y cada vez más comprensivo de las personas y de los valores humanos. Él, que tanto estimaba a los estudiantes destacados, me dijo en una ocasión: “A estas alturas, valoro más la lealtad y el trabajo asiduo de un estudiante normal que el trato con lumbreras tornadizas”.

En 1949, y tras un breve tiempo en la sección de Historia, Granja pasó a Semíticas donde ya estábamos Julio Cortés, C. López de Nicolás -que, a la inversa, se fue a Historia- y yo. De las circunstancias de ese primer curso de la especialidad he hablado extensamente en el *Homenaje* del Instituto Egipcio a D. Emilio en 1996. Granja seguía destacando por sus conocimientos de Árabe, aunque pasó más de un apuro

con el Hebreo y la Historia de los Judíos, como casi todos los demás. El 28-10-1955 se licenció en la Facultad de Filosofía con Sobresaliente y Premio Extraordinario, y el 15-12-60 leyó su tesis doctoral, en la misma Facultad y con los mismos resultados. Pero estoy adelantando fechas, y he de volver a la especialidad. En 1950, por gestiones de D. Emilio ante D. Tomás García Figueras, se nos concedieron a Fernando, Cortés y a mí sendas becas. Asistimos a las peculiares clases de A. Bustānī, A. Miknāsī y M. B. Tāwīt de Tetuán. Ese fue nuestro primer contacto con el mundo árabe, que Fernando repetiría el curso siguiente. Pero la beca idónea para sus conocimientos y aspiraciones vino en 1953, por El Cairo. Allí trabajó duro, trabó numerosos contactos -la familia Ṭ. Ḥusayn, el P. Anawati, y varios de los becarios de otros países, después figuras del arabismo europeo. Pero un rudo golpe vino a cercenar buena parte de lo que su esfuerzo hacía esperar: enfermó seriamente y hubo de ser trasladado a un sanatorio situado a las afueras de Heliópolis, en las lindes del desierto. Allí, llevado por la familia del periodista y corresponsal L. Climent, que le prodigó sus cuidados, pude visitarlo a mi vez, recién llegado, también becario en 1955, a la capital egipcia. Y asistí con esa familia y otros amigos a su partida en avión hacia Madrid. En España, y contra ciertos escepticismos, se repuso pronto y bien.

Granja lamentaba justamente este corte de su estancia caiota, donde ensanchó mucho sus conocimientos de árabe clásico, adquirió un dominio jugoso del coloquial y se hizo con fuentes básicas, en la medida en que su economía y el escaso tiempo se lo permitieron. Amigos suyos ya de por vida fueron los becarios egipcios que había traído a España Ṭ. Ḥusayn al fundar el Instituto, centro al que, por algún tiempo y escasa regularidad, asistimos algunos de nosotros. Estos becarios hicieron brillantes carreras entre nosotros, y fueron, y varios aún son, figuras destacadísimas y entusiastas hispanistas. Baste citar un nombre, el de Maḥmūd Makkī.

Desde el 1-10-1955 hasta ganar la cátedra de Zaragoza, vacante por el fallecimiento prematuro de E. Perpiñá, y que Fernando ocupó en 1965, desempeñó varios cargos docentes: adjuntó provisional, catedrático interino y adjunto numerario, y tuvo a su cargo enseñanzas múltiples, junto con otras actividades.

Su estancia en Zaragoza, que recordaba siempre con gusto y fue muy fructífera, sobre todo para sus estudios históricos, terminó en 1968, año en que pasó a la recién creada Universidad Autónoma, inicialmente ubicada en el Retiro. En esa ocasión hizo algo que siempre le agradecí: animarme a pedir una comisión de servicio y trasladarme desde Ceuta para formar parte del grupito que entonces impartía árabe en la Autónoma. Universidad de la que él se trasladó a la Complutense el año 1969. Hasta 1974 yo continué en la Autónoma, los últimos años ya en Cantoblanco y con el ampliado grupo de profesores dirigidos por P. Martínez Montávez como catedrático.

A F. de la Granja he de agradecerle, además, la ocasión que me dio, al ir a Madrid, de terminar mi tesis doctoral, que él me urgía constantemente, y que lei en 1970. Alguien puede pensar que estas muestras de amistad tan eficientes le llevasen a tratarme con preferencias inoportunas: no se me ahorró ninguna prueba profesional, y en los tres casos en que Fernando figuró entre los jueces de mis oposiciones -Adjunto numerario, Agregación de la Complutense y Cátedra de Granada- actuó con la más estricta objetividad, según era su norma constante.

En la Complutense ha estado Fernando desde entonces hasta su jubilación anticipada en 1998, tras su grave enfermedad de 1987 y el curso sabático 1995-96. Durante los dos últimos años, en acentuado e implacable declive, mucho tuvo que sufrir, él, de tan fina sensibilidad y aguda inteligencia. Nadie como Ana Valle, primero alumna suya y luego, desde 1964, su mujer, sabe del calvario de estos dos años, compartido en distinta medida por el hijo, Fernando, ausente con frecuencia en París.

En un principio era mi propósito reproducir aquí la lista detallada de las publicaciones y del *curriculum* académico de F. de la Granja, tal como aparecieron en *Al-Qanṭara*, 20, 1999, 261-274, en necrología firmada por quien fue su alumna, Teresa Garulo, con cuya autorización contábamos. Pienso ahora que basta con remitir a esa publicación, bien accesible para quienes deseen detalles precisos y referencias concretas. A esas páginas remito, pues, y a otras anteriores y posteriores: la contestación de D. Juan Vernet al discurso de Granja en su recepción pública en la Academia de la Historia en 1996 (págs. 47-55 del libro publicado por la misma Academia con el discurso de Fernando, *Precedentes y reminiscencias de la literatura y el folklore árabes en nuestro Siglo de Oro*), contestación que contiene interesantes datos biobibliográficos y una clara clasificación de los trabajos del nuevo académico. Más tarde, en 1999, la Academia publicó en un volumen de 348 p. y bajo el título *Estudios de historia de al-Andalus* doce trabajos suyos, con una sentida y certera *Presentación* (págs. 9-14) de su también alumna M^a Jesús Viguera. En ella se sintetizan los doce trabajos, fechados entre 1965 y 1974.

Creo que con estas referencias es suficiente, y, por mi parte, trataré sólo de algunos aspectos, sobre todo metodológicos y de enfoque general de la labor realizada por Fernando. Sólo añadiré aquí que éste pudo ultimar su discurso académico en el año sabático al que me referí antes, discurso que vino mucho después de su elección como académico (1983). Desde su recepción, Fernando no pudo asistir ni intervenir en la Academia como normalmente lo hubiese hecho: su enfermedad no se lo permitió sino en contadas ocasiones.

En mi opinión, dos rasgos fundamentales subyacen en el trabajo y publicaciones de F. de la Granja: un conocimiento muy sólido de la lengua árabe -condición indis-

pensable para toda labor seria, y que se olvida hoy a menudo- y un sentido extremado de su responsabilidad como docente e investigador, encauzada por el rigor, la exigencia, las muchas lecturas, tanto españolas como árabes, y el seguimiento detallado y preciso de cada tema y sus entresijos. Voy a poner un ejemplo concreto: su espléndido artículo de 1959 (*al-Andalus*, 24, 319-332), “Origen árabe de un famoso cuento español”, no fue fruto de ninguna afortunada casualidad, sino hallazgo debido a su lectura sistemática de las fuentes, en este caso del *Mugrib* de Ibn Sa‘īd, que todos manejamos de vez en cuando. Y desde *al-Mugrib* y a través de *El Conde Lucanor* y otras vías y vericuetos llegó Fernando a la célebre décima de Calderón “Cuentan de un sabio que un día...”, las características y variantes de ésta, sus motivos, etc. Una labor casi policiaca que repetiría a lo largo de una serie de su singular preferencia: cuentos, refranes, y frases proverbiales de origen oriental y recogidas en obras españolas como *El Sobremesa* de Timoneda o *La Floresta Española* de Melchor de Santa Cruz. Insistimos: lectura reposada, sistemática de fuentes árabes y españolas, y seguimiento exigente, riguroso de cada problema. Si algo rechazaba Fernando, en su docencia y en su investigación, eran la chapuza y las componendas. Había quien le creía excesivamente puntilloso, adusto e incluso distante y duro a veces. Conociéndole a fondo, todo esto cambiaba de aspecto en gran medida. De su docencia y su seriedad e interés han hablado con elocuencia personas que asistieron a sus clases y trabajaron con él.

Aparte de su tesis doctoral sobre *La cocina árabe-andaluza según un manuscrito inédito*, y, de la que sepamos, sólo se publicó, por desgracia, un resumen de 30 páginas en 1960, los principales campos que cubren los cinco libros y los cuarenta y cuatro artículos de Granja son, aparte de los referidos trabajos de Historia y de Literatura comparada, las *maqāmāt* y las *rasā’il*, otras muestras de la prosa artística andalusí, el análisis de algunas polémicas religiosas, la edición de los *Milagros* de al-Yuḥānisī y el estudio de varias *fatwas* de la monumental obra de al-Wanšarisī, que él supo descubrir y valorar como pocos.

Como elemental complemento estadístico, añadamos sus doce biobibliografías de otros tantos autores andalusíes en la EI², desde Ibn ‘Abd al-Šamad a Ibn Zamrak, con precisas y bien documentadas semblanzas. Reseñó, también con especial cuidado, nueve obras; escribió con cariño, información abundante y ponderación de juicio, algunas necrologías -por ejemplo, las de D. Félix Hernández Jiménez y D. Luis Seco de Lucena, presentó dieciséis comunicaciones a congresos, dirigió ocho memorias de Licenciatura y nueve tesis doctorales, seis de las cuales han aparecido como libros, algunos de importancia capital. Y sabemos que son muchos los trabajos que tenía iniciados e incluso avanzados, y que ignoramos si alguien podrá ultimar.

En la Escuela de Estudios Árabes, en la que realizó múltiples actividades, trabajó horas sin cuento, sobre todo para poner al día su revista "Al-Andalus", cuyos originales preparaba y revisaba pormenorizadamente, en perjuicio de trabajos propios. Mucho amor y mucha tenacidad dedicó Fernando de la Granja al Centro que había comenzado a frecuentar en la década de los cuarenta.

He de terminar. Y lo hago con el cúmulo de sentimientos de los que hablaba al principio. Qué cierto es que algo nuestro se muere cuando un amigo se va. En este caso concreto, un compañero y amigo de muchos años. Que descanse en paz, en la Única y auténtica Paz.

NOTAS

FALLECIMIENTO DE DR. D. AMADOR DÍAZ GARCÍA

El pasado 14 de Agosto falleció en Granada el Catedrático D. Amador Díaz García, tantos años presente, como profesor e investigador entre nosotros, sobre todo en la Escuela de Estudios Árabes y en nuestra Facultad. *MEAH* tenía el propósito y todo interés lógico de publicar en el presente volumen su necrología detallada. La premura de tiempo, con este número de *MEAH* ya cerrado y las dificultades para reunir y poner al día los datos necesarios y la lista de sus publicaciones, nos obligan a posponer para el volumen siguiente esa necrología a fin de que responda a la dignidad que por su objetivo le corresponde.

Aquí y ahora queremos reiterar nuestro sentimiento y el pésame más sincero a la familia del compañero y colega de cuya presencia no podremos nunca prescindir de una u otra manera.

Descanse en paz

Tampoco hemos podido contar hasta ahora con las referencias imprescindibles para la anunciada nota necrológica del colega y amigo, tan vinculado por sus trabajos a Granada, el Prof. H.R. Singer. No perdemos la esperanza ni el propósito de incluirla lo más pronto posible.

José M^a Fórneas